

COMO ya dijimos con ocasión de la celebración del XXVIII Congreso (1), el PSOE tenía planteados tres grandes retos, y que no eran otros que la superación de la ambigüedad ideológica en que aparentemente se encontraba, la adecuación orgánica a su importante presencia en la vida española y la elaboración de una estrategia capaz de resolver los graves problemas de la transición.

Las circunstancias en que se desarrolló el último Congreso y el sorprendente desenlace del mismo aplazaron una definición precisa de las tareas actuales del socialismo español, el restable-

cimiento de una coherencia ideológica nunca perdida en la realidad y sí en comentarios interesados de cierta prensa, y la elección de los hombres que decididamente llevasen adelante los acuerdos programáticos. Es inevitable, pues, que en el actual debate aparezcan estas cuestiones y que además se presenten íntimamente relacionadas. Sin embargo, la definición como marxista o no del partido, su reafirmación como organización de la clase trabajadora o su apertura al interclasismo, las diferentes opciones organizativas, la estrategia política para los próximos años e incluso la desmesurada relevancia que se da a la elección de las personas que dirigirán el partido, no son más que aspectos parciales, aunque con indudable importancia propia, de un problema mucho más radical y profundo y que es posible resumir en una pregunta: ¿para qué se quiere el PSOE?

En efecto, si se desea un partido para el mero ejercicio de gobierno sin cuestionar el sistema social, aunque se pretenda honestamente la reforma de sus más flagrantes fallos e injusticias, se mantendrán estrategias y se organizará la militancia de forma muy diferente a si, por el contrario, se quiere que el PSOE sea un instrumento de cambio social en profundidad, cuyo objeto último sea la sustitución del capitalismo por

una sociedad donde no tenga cabida la explotación del hombre.

Es evidente que la importante pregunta anterior no se la hacen sólo los militantes y electores del PSOE, y es obvio que en la respuesta y en cómo se instrumente ésta tratan de influir también fuerzas claramente contrarias al triunfo del socialismo en la España actual. El

adquirir una pretendida respetabilidad, no podemos compartirlas por entender que encierran una esencial claudicación, y más que una prueba de realismo lo que demuestran es la falta de convicción en el ideario socialista.

Nadie discute que, en el futuro inmediato, el PSOE deba dedicar sus mayores esfuerzos a consolidar la democracia, a que la crisis económica se supere y a que los españoles recobren la confianza perdida y se ilusionen con un proyecto político y social atractivo. Todos sabemos que el camino hacia el socialismo puede ser largo y que a través de él haya que caminar

¿Para qué queremos el PSOE?

MANUEL ABEJON • MANUEL TURRIÓN • FEDERICO FERNÁNDEZ • PEDRO SANCHO • JOSÉ MANUEL MORÁN

combate por el "control" del Partido Socialista es, como explícitamente han señalado algunos comentaristas (2), o como implícitamente se ha visto a través de la preocupante toma de postura de conocidos voceros de la derecha a favor de la "moderación, pragmatismo y modernidad" que algunos líderes parecen encarnar, una de las manifestaciones más relevantes de la lucha de clases en la difícil transición política que vivimos, y del resultado del mismo dependerá, por el importante papel social y político que el PSOE representa, el que se consolide la actual estructura social, más o menos encubierta institucional y jurídicamente, o, por el contrario, se fortalezcan y cobren paulatinamente realidad los deseos de un cambio radical orientado hacia una nueva sociedad.

Para nosotros no hay duda de que la respuesta correcta a ¿para qué el PSOE? no es otra que la que durante cien años han expuesto con claridad los socialistas españoles y que, sin olvidar el pragmatismo y gradualismo necesarios, exige una lucha decidida para hacerla realidad. De ahí que, a pesar de comprender algunas de las razones que se dan para dulcificar o difuminar la ideología del partido, basadas en la conveniencia de aumentar los apoyos electorales entre las llamadas "clases medias" y de

junto a otras fuerzas cuyo ideal acaba en la consecución de una democracia formal. Pero esto no nos exige un desarme ideológico y moral que, aparentemente, facilite alcanzar metas que para nosotros no son más que provisionales, y sí, sin embargo, pueden, por un exceso de conyunturalismo, alejar, más aún, el objetivo final. El PSOE debe ser todo lo flexible y pragmático que exija la coyuntura política, pero sin renunciar nunca al objetivo para el que fue fundado.

Ciertamente es un problema de coherencia y rigor, pero sin circunscribir éstos exclusivamente a los programas a corto plazo, descuidando la interrelación, por supuestas razones tácticas, entre las propuestas inmediatas y los principios fundacionales que han estado presentes a lo largo de un siglo de socialismo español. El triunfo electoral del PSOE puede facilitarse más por la seriedad política de un partido que no renuncia a su historia ni a sus ideas, que mantiene un escrupuloso respeto a la libertad y la democracia, en especial a la reversibilidad del poder en que éste se basa, que tiene programas elaborados rigurosamente y capacidad para llevarlos adelante, que por una coyuntural conversión a la socialdemocracia que lo confirme como la alternativa de izquierdas que la derecha necesita, y que, por otro lado, se ha mostrado reiteradamente ineficaz a la hora de resolver las dificultades estructurales en que se debaten las economías occidentales. ■

(1) Abejón, Turrión, Fernández, Sancho y Morán: "El PSOE, cien años después". TRIUNFO, 19 de mayo de 1979.

(2) Fernando López Agudín: "El PSOE, ante una encrucijada". TRIUNFO, 13 de mayo de 1979, y José Aumente: "La 'lucha de clases' pasa por el PSOE". TRIUNFO, 17 de junio de 1978.